

Confianza para el viaje de la vida

Enfrentando la ansiedad con la fe en Dios

ELIZABETH VIERA TALBOT

Tabla de contenido

Dedicatoria	4
Introducción	5
El propósito de Dios	9
La revelación de Dios	16
La intervención de Dios	22
El poder de Dios	28
La protección de Dios	35
La redención de Dios	42
La provisión de Dios	50
Los recursos de Dios	57
El pacto de Dios	64
La morada de Dios	71
La compasión de Dios	78
La presencia de Dios	85
Preguntas para reflexionar	93

CAPÍTULO 1

El propósito de Dios

— ¡Solo esta vez, señora! —respondió a mi pregunta el joven agente de seguridad. Todo empezó unos minutos antes, mientras almorzábamos frente al hermoso lago del volcán Taal en Tagaytay, Filipinas. Estaba disfrutando de ese pintoresco paisaje cuando de repente vi un fino hilo de vapor que salía del volcán. Lo señalé a mis amigos y a la moza que nos atendía, luego me levanté para tomar algunas fotos y videos. La actividad volcánica iba aumentando en intensidad, podíamos ver la ceniza negra lanzada al aire. Decidimos irnos y, de camino al auto, nos encontramos con un joven oficial, a quien pregunté:

—¿Con qué frecuencia ocurre esto?

—¡Solo esta vez, señora! —respondió, y nos informó que tras décadas de letargo, un terremoto acababa de activar el volcán. Este fue el comienzo de una de las semanas más interesantes de mi vida.

Había viajado desde los Estados Unidos hasta el Instituto Internacional Adventista de Estudios Avanzados, en Filipinas, para dar unas charlas sobre la predicación y una semana de énfasis espiritual titulada “Bendita Seguridad”. Ahora necesitábamos la seguridad de Dios más de lo que jamás habría imaginado cuando planeé este viaje. A la mañana siguiente, el plantel estaba envuelto en una gruesa capa de ceniza volcánica, por lo que el trabajo y las clases fueron suspendidas. ¿Y ahora qué? Fue un giro inesperado de los acontecimientos, totalmente fuera de nuestro control. Solo teníamos dos opciones, las mismas a las que todos nos enfrentamos cuando la marea cambia y nos encontramos fuera de control, en circunstancias desesperadas: la fe, o el miedo. Seguridad o desesperación. Confianza o ansiedad.

Cuando cambia la marea

El libro de Éxodo comienza con una nota triunfal: los descendientes

Confianza para el viaje de la vida

de Israel se habían multiplicado y llenado la tierra. ¡Qué impresionante cumplimiento de la promesa del pacto de Dios a Abraham (ver Génesis 12:2)! Un pequeño grupo de setenta personas, compuesto por la familia de Jacob, había emigrado a Egipto en la época de José, uno de los hijos del patriarca, que era entonces administrador de todo Egipto. Cuatro siglos después, habían prosperado de tal manera que la tierra estaba llena de ellos (ver Éxodo 1:5-7). ¡Se puede confiar en que Dios cumplirá sus promesas! ¡Asombroso!

Pero nuestro entusiasmo dura solo unos pocos versículos, porque pronto recibimos la inquietante noticia de que “se levantó un nuevo rey sobre Egipto, que no *conocía* a José” (vers. 8; énfasis añadido). En el idioma original, el verbo “conocer” en este texto bíblico se refiere a un conocimiento íntimo. El nuevo rey podía haber oído hablar de José, pero no lo *conocía*, y no reconocía su contribución en beneficio de Egipto en el pasado. Y así, de repente, cambió la marea. Cuando el nuevo rey vio que los hijos de Jacob eran numerosos y poderosos, temió que en caso de que hubiera una guerra, se volvieran contra Egipto, se aliaran con el enemigo y se fueran del país. Así que ideó un plan que consistía en afligirlos con trabajos duros para amargarles la vida. Pero su plan no funcionó, y el pueblo de Israel siguió multiplicándose.

Entonces el rey ideó un plan B: ordenó a las parteras hebreas que mataran a todos los varoncitos en el momento del nacimiento y dejaran vivir a las niñas. Pero las parteras temieron al Señor y dejaron vivir a los niños. Cuando el faraón preguntó al respecto, dijeron que las “mujeres hebreas” no eran como las “mujeres egipcias”, pues eran fuertes y daban a luz antes de que llegaran las parteras. Ya tenemos un anticipo de los dos grupos presentes en la narración, que tendrán un papel central en el resto de la historia: los egipcios versus los hebreos. El plan B tampoco funcionó, así que el rey ideó el plan C, un plan terrible, insólito y macabro: “Entonces Faraón mandó a todo su pueblo, diciendo: Echad al río a todo hijo que nazca, y a toda hija preservad la vida” (Éxodo 1:22). El faraón recluta a *todo su pueblo* para el plan C, y el río Nilo es el medio elegido para la muerte de los bebés hebreos. ¿Y qué pasó con las promesas de Dios? ¿Cumpliría aún su propósito? ¿Quién está sentado en el trono? ¿Dios o Faraón?

El propósito de Dios

En nuestro viaje a la Tierra Prometida celestial a menudo nos encontraremos en situaciones aparentemente sin salida. Cuando nos quedamos sin sabiduría, fuerza y recursos, siempre nos enfrentamos a la misma elección: ¿confiaremos en Dios o nos consumirá la ansiedad? ¿Confiamos en él con todo nuestro corazón, o confiaremos en nuestro propio entendimiento? ¿Nos dejaremos llevar por Dios o nos esforzaremos nosotros mismos por controlar una situación incontrolable?

Entrega el problema a Dios

No puedo imaginar lo que debió haber pensado su madre mientras preparaba la pequeña barquilla. ¿Cómo pudo dejarlo ir? Mientras se aplicaba el terrible plan C del faraón, una joven pareja, descendientes de Leví, tuvo un varoncito. Esto significaba que cualquier egipcio que descubriera al bebé debía arrojarlo al Nilo. Por lo tanto, la madre del bebé lo escondió durante tres meses. ¡Tres meses! Hizo todo lo que pudo, pero después de tres meses no pudo ocultarlo más. Consiguió una cesta, la cubrió con alquitrán y brea, colocó al bebé adentro y puso la cesta entre los juncos del Nilo. ¿Te lo imaginas? Tal vez tú también has hecho todo lo posible por un hijo, un cónyuge, un amigo, un familiar, un compañero de trabajo. Y ahora es el momento de entregárselo a Dios para que él se haga cargo. Tal vez estés agotado tratando de salvar a alguien. Lo has intentado durante tres meses, tres años o tres décadas, y ahora no puedes hacer más que orar. He descubierto que se requiere más fe para entregar la situación a Dios para que él haga lo que se propone hacer que para seguir tratando de ocultar “eso”, sea lo que sea “eso” en tu vida. ¿Confiamos en que Dios se hará cargo de la vida de nuestro ser querido?

Hay paradojas interesantes en esta historia. Por ejemplo, la madre del niño terminó obedeciendo el edicto del rey de arrojar al niño al Nilo, ¡pero añadió la cesta! Los momentos desesperados exigen medidas desesperadas. Los padres del niño confiaban en Dios, por lo que se negaron a temer el edicto del rey (ver Hebreos 11:23). El texto también señala que

Se necesita más fe para dejar ir de nuestras manos el problema, y permitir que Dios haga lo que se ha propuesto hacer.

Confianza para el viaje de la vida

pusieron la cesta entre los “juncos” a la orilla del Nilo. Es interesante que la palabra hebrea para *junco* también se utiliza más adelante en el relato, cuando Israel cruzó el “Mar de los Juncos” (que suele traducirse como “Mar Rojo”). Es como si empezara a desarrollarse una escena del destino del niño. Y quizá la mayor paradoja de esta sección del relato sea el hecho de que el río Nilo, propuesto por el faraón como lugar de ejecución de los niños hebreos, se convirtió ahora en el lugar de la milagrosa liberación del *libertador* del pueblo de Dios.

Sacado del agua

Me asombra la capacidad de Dios para convertir un lugar de angustia en uno de liberación. Y no solo en el río Nilo, sino también en muchos otros acontecimientos más adelante en el viaje de Israel; por ejemplo, cuando convirtió las aguas amargas en aguas dulces (Éxodo 15:22-27). Pero no nos adelantemos. Solo quiero señalar que, si en este momento estás enfrentando una situación sin salida, no dudes de que Dios tiene la capacidad de convertir ese mismo lugar en un sitio de liberación para su gloria.

Volvamos a Éxodo 2. La hermana del bebé estaba de pie a cierta distancia, vigilando esa preciosa carga, cuando la hija del faraón bajó a bañarse en el Nilo. Vio la cesta entre los juncos y su criada la tomó y se la llevó. Es interesante que, en cuanto abrió la cesta y vio al bebé llorando, lo reconoció como un niño hebreo (Éxodo 2:6).

Al instante, la inteligente hermana se acercó a la princesa que había mirado a este niño *hebreo* con compasión, y se ofreció para conseguirle una mujer *hebrea* que criara al niño. La hija del faraón aceptó. Estoy segura de que la muchacha corrió lo más rápido que pudo en busca de la madre del bebé, que todavía estaba guardando el alquitrán y la brea, ¡porque todo esto sucedió tan rápido! ¿Te imaginas su sorpresa cuando su hija le explicó lo que estaba pasando?

La princesa dijo a la mujer que se llevara al niño y lo cuidara, y que recibiría un salario por este “trabajo”. El Señor hace “todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efesios 3:20). ¡Esto superó sus expectativas! Ahora, esta madre ya no tenía que esconder a su bebé. ¡Ella misma cuidaría de él por mandato de la casa de

El propósito de Dios

Faraón! Y en el proceso recibiría un salario. El decreto del faraón había sido revertido por su propia hija.

La hija del faraón llamó *Moisés* a su hijo adoptivo. Este nombre, derivado del significado “nacer”, aparece como parte del nombre de algunos faraones, entre ellos *Ahmoise* y *Tutmosis*. Esta palabra también se parece al término hebreo para “sacar”, como se refleja en el relato bíblico: “Y le puso por nombre Moisés, diciendo: Porque de las aguas lo saqué” (Éxodo 2:10). Lo que ella no entendía en ese momento era que Dios estaba detrás de la escena, orquestando todo para cumplir su propósito, y que ella había sido un instrumento en sus manos para sacar del agua al *libertador* de Dios. ¿Has colocado una “cesta” con una carga preciosa en el río de la vida? Ten la seguridad de que Dios tiene la asombrosa capacidad de obrar para que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien... a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28).

Dios utilizará para su gloria a cualquiera que se rinda a su voluntad.

En este punto de la historia debo destacar cómo Dios utilizó a las mujeres para hacer avanzar su plan redentor y frustrar el plan de Faraón. En los dos primeros capítulos del Éxodo, la narración destaca a las dos parteras (Sifra y Fúa), a las fuertes mujeres hebreas que daban a luz, a la madre de Moisés, a la hermana de Moisés y a la hija del faraón; todas ellas fueron instrumentos en las manos de Dios para cumplir sus propósitos salvíficos. Dios utilizará para su gloria a cualquiera y a todos (jóvenes o ancianos, hombres o mujeres) que se rindan a su voluntad, incluso en medio de las circunstancias más sombrías y durante la noche más oscura. No desesperes cuando no veas una salida. Dios está sentado en su trono.

El camino de Dios versus nuestro camino

Esteban, el primer mártir de la fe cristiana, predicó un sermón antes de ser apedreado hasta la muerte. Se encuentra en Hechos 7. En este sermón, relata la historia de la redención y de cómo Dios ha sido fiel a su pacto, y proporciona algunos detalles sobre la vida de Moisés que no tenemos en Éxodo 2. Él dijo: “Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los

Confianza para el viaje de la vida

egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras. Cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel” (Hechos 7:22, 23).

Moisés fue educado durante casi cuatro décadas en la corte del faraón. Podemos imaginar que aprendió todo tipo de estrategias militares, así como arte, idiomas, filosofía y mucho más. Cuando tenía cuarenta años, Moisés debe haber sido un impresionante príncipe de Egipto. Un día salió a ver a sus hermanos hebreos y vio a un egipcio golpeando a un hebreo; en su afán por defenderlo, golpeó al egipcio y lo mató. Como no había nadie cerca, se limitó a enterrar el cuerpo en la arena. Pero al día siguiente, cuando intentó detener una pelea entre dos hebreos que discutían, se dio cuenta de que el incidente del día anterior ya era conocido, pues uno de los hebreos le dijo: “¿Quién te ha puesto a ti como príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio?” (Éxodo 2:14). Desde una perspectiva humana, fue entonces cuando todo se vino abajo. El faraón procuró matar a Moisés, quien huyó solo a la tierra de Madián. En esas circunstancias, Moisés no era aceptado por los egipcios y era rechazado por los hebreos.

Moisés quería liberar a su pueblo, pero intentó hacerlo a su manera, con sus fuerzas, en su tiempo y con sus recursos. También supuso que todos los demás lo habían aceptado como el libertador elegido: “Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por

mano suya; *mas ellos no lo habían entendido así*” (Hechos 7:25; énfasis añadido).

*M*oisés tenía que aprender a depender absolutamente de Dios.

La confianza en nuestro propio entendimiento, sabiduría y fuerza es el origen de la mayoría de nuestros problemas, incluso ahora en nuestro propio viaje a

la Tierra Prometida celestial. Durante los siguientes cuarenta años Moisés tendría que aprender a *no* apoyarse en su propia fuerza y entendimiento, sino a depender de Dios. Solo así podría convertirse en el instrumento elegido por Dios para liberar a Israel de la esclavitud.

Esa es la única manera en que podremos continuar nuestro camino: eligiendo confiar en el camino de Dios en lugar de forzar nuestro propio sendero y ceder a la ansiedad. Esto nos lleva a la conclusión de este primer

El propósito de Dios

capítulo, que es de suma importancia en nuestro viaje a la Tierra Prometida celestial:

Conclusión #1: El propósito de Dios se cumple
¡a su manera y en su tiempo!

Bendita seguridad

Moisés, al igual que muchos otros personajes bíblicos, era un símbolo o tipo de Jesucristo, quien vendría como el Libertador humano-divino de la raza humana. Jesús no vino a liberarnos de Egipto sino a librarnos del pecado, tomando sobre sí el castigo de nuestro pecado, que es la muerte, y muriendo en la cruz para que tengamos vida eterna.

Aprendamos la lección de este capítulo en relación a nuestra salvación eterna y a nuestras necesidades diarias aquí y ahora. No se trata de nuestra sabiduría y fuerza ni de nuestro entendimiento o nuestro tiempo. Aquí es donde encontramos la “bendita seguridad” allá en Filipinas cuando el volcán Taal entró en erupción. Toda esa semana, mientras usábamos nuestras máscaras, nos reuníamos dos veces al día para adorar, orar y estudiar la Palabra, buscando la paz de Dios y rindiéndonos a su propósito, poder y protección. Le encomendamos nuestras vidas a Aquel que dio su vida por cada uno de nosotros y que prometió estar con nosotros hasta el fin de este mundo. Tú y yo también tenemos esta *bendita seguridad*: seremos salvos por lo que Jesús ha hecho, no porque seamos fuertes o inteligentes.

“Él fue herido por *nuestras* rebeliones,
Él fue molido por *nuestros* pecados;
el castigo de *nuestra* paz fue sobre él,
Y por *sus* heridas, fuimos *nosotros* curados.”
(Isaías 53:5, paráfrasis de la autora.)

¿Estás listo para confiar en su sacrificio a tu favor, y dejar que Dios remueva cualquier ansiedad que sientas sobre el futuro?

Al final del libro, en la página 93, hay unas preguntas para reflexionar sobre el contenido de este capítulo.